



TVE PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Diego CARCEDO

La televisión en España tiene una historia corta y repleta de contradicciones. Cumplió hace poco cuarenta años y hasta la celebración de tan señalada efemérides acabó degenerando en polémica. Algunas veces se ha recurrido a aquellos versos que dicen «ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio; contigo, por que me matan y sin ti porque me muero» para describir la relación de amor odio que existe entre la sociedad y la televisión, su televisión. Porque lo que es evidente es que cada sociedad tiene a su alcance la televisión que quiere, que no suele ser otra que la televisión que consume.

En los ámbitos intelectuales es frecuente el debate acerca del papel de la televisión en las sociedades desarrolladas y casi siempre con un resultado de decepción por la forma en que ha ve-

nido evolucionando con el correr de los tiempos. Y es que, por mucho que la razón recomiende cambiar su orientación, hay algo que la experiencia viene demostrando como inevitable: la televisión es un medio

*A diferencia de América,
la televisión nació y
se desarrolló en Europa
con carácter público.*

de comunicación de masas, el medio de comunicación de masas por excelencia, y lo que ofrece, un producto de consumo.

Un producto de consumo que, como tal, debe resultar rentable para sus fabricantes (productores) y para sus vendedores (emisores). Además, para ser rentable tiene que ser competitivo y para ser competitivo aparte de ser barato debe intentar ser mayoritario. A diferencia de lo que ocurrió en América, la televisión nació y se desarrolló en Europa con un carácter público y eso le permitió a lo largo de muchos años intentar un equilibrio entre las exigencias de programas de entretenimiento eminentemente populares y la búsqueda de formatos que respondiesen a la necesidad de atender a las demandas de interés colectivo en los campos informativo, cultural y hasta educativo.

Partían para ello las televisiones públicas europeas de la tranquilidad empresarial que les proporcionaba el estar respaldadas económicamente por los presupuestos de sus estados y/o por fórmulas de financiación establecidas en un canon que los espectadores pagaban, y en muchos casos siguen pagando, por el servicio. En España los comienzos de la televisión no fueron muy diferentes de los países vecinos. Inicialmente incluso se implantó un impuesto por cada televisor, pero el sistema duró poco. En cuanto las emi-

siones desde el Paseo de la Habana empezaron a cobrar auge y la recaudación comenzó a complicarse, el paternalismo franquista optó por suprimir el canon y darle a TVE el carácter de televisión gratuita para todos.

La dictadura se cobraba muy bien su generosidad utilizando el nuevo medio de comunicación como una prolongación de sus sistemas de propaganda. Pero a pesar de su utilización política en contra de la libertad y la democracia y en favor del régimen, Televisión Española creció con rapidez y despreocupada como estaba en cuanto a competencia y limitaciones financieras, enseguida consiguió ofrecer programas de producción propia de buena calidad. La condición para intentarlo era que no rozasen los intereses de perpetuación de la dictadura.

Mientras el ámbito de cobertura de TVE se extendía hasta los lugares más recónditos de nuestra geografía y los ingresos por publicidad se multiplicaban año tras año, la estructura de la nueva empresa se agigantaba sin demasiado orden y con ningún concierto. Sus responsables bastante tenían con ir salvando el día a día frente a las exigencias de un medio de una voracidad inimaginable de creación y las críticas indiscriminadas que empezaban a crearle un clima permanente de inestabilidad. El paso del tiempo permite decir en su descargo, que en TVE nunca han podido hacerse las cosas con un mínimo de sosiego y con un margen suficiente para el estudio y la planificación de su futuro.

Televisión Española había sido cimentada profesionalmente sobre tres pilares que de alguna manera todavía hoy se hacen recordar en algunos aspectos de su funcionamiento: la estructura administrativa y burocrática del Ministerio de Infor-

mación y Turismo, la mentalidad periodística preñada de oficialismo de Radio Nacional de España y los sistemas de producción anárquicos y desprestigiados de una industria cinematográfica limitada por la carencia de medios y una censura cuyos principios *carcas* y arbitrarios obstaculizaban la creatividad y cerraban las perspectivas de desarrollo.

De poco le servía a TVE ser el medio de comunicación más moderno y con mayor futuro. La modernidad era enemiga natural del régimen y evitar su proyección en la pequeña pantalla fue muchas veces una obsesión del gobierno. Sin embargo, la penetración exterior que de forma inevitable se fue produciendo a través de la programación sí ayudó de forma eficaz a romper el telón de oscurantismo que tapaba las fronteras europeas y lentamente pero de forma imparable empezó a abrirles a los telespectadores, que ya eran casi todos los españoles, los horizontes de un mundo en el que se convivía en libertad y sin tanto miedo a la represión social.

La muerte del general Franco y la retransmisión en directo de las largas colas que se formaron para desfilar delante de su cadáver marcaron quizás el final de una televisión dominada por la necesidad de difundir como mensaje principal la idolatría hacia el dictador. Sin embargo, en algunos aspectos era una televisión bastante completa y gozaba de una buena acogida por parte de la audiencia. Claro, cabrá replicar en seguida, como no había otra cosa... Y, efectivamente, esa era una razón muy importante aunque no la única. Era una televisión que no necesitaba competir, estaba exenta de la obligación de conseguir audiencia a cualquier precio y no necesitaba recrearse en exceso en lo popular, en lo chabacano y en lo amarillento como luego impondría la disputa del mercado entre las televisiones comer-

***Una de las constantes
en la historia de TVE ha sido
su alejamiento de los
movimientos intelectuales.***

ciales y en menor medida la propia TVE. El régimen de monopolio en que funcionaba le permitía por otra parte la alegría económica de tener acceso a todas las producciones de éxito en el extranjero, a no regatear presupuesto en algunos proyectos propios de grandes series históricas y culturales y a completar sus rejillas de programación con lo mejor del mercado del cine.

Una de las constantes en la historia de Televisión Española ha sido su alejamiento, o mejor su pasividad, hacia los movimientos intelectuales e incluso hacia los propios intelectuales en sí. En los primeros tiempos quizás hubo un temor por parte del medio hacia quienes aparecían como más reacios a aceptar los postulados políticos impuestos por el régimen. Intelectual era para muchos sinónimo de discrepante o de resistente por principio a todo dogma. Pero también los intelectuales tuvieron algo de culpa tardando mucho en darse cuenta de la importancia del nuevo medio, quizás exigiéndole comportamientos inadecuados para su condición de medio de masas y criticándolo a menudo, e incluso despreciándolo, viniera o no a cuento.

A pesar de los años transcurridos, Televisión Española sigue sufriendo muchos traumas de aquella larga etapa en que pasaba sin solución de continuidad de gestos de prepotencia a actitudes de culpabilidad que con frecuencia se encubrían con comportamientos de nuevo rico. Y lo peor

es que algunos de estos vicios acabó legándose a las televisiones autonómicas que surgieron en las comunidades más ricas o populosas ya en la década de los ochenta y posteriormente a las televisiones comerciales. Todas ellas enfrentan problemas comunes de origen diferente y no hay duda de que entre ellos algunos son fruto de una herencia en la que no todo el legado era bueno.

La llegada de la democracia impuso un proceso de cambio imparable a Televisión Española, pero fue tan lento que casi nadie se percató de que se estaba produciendo. Aunque las corrientes de libertad entraron a raudales por los ventanales de las redacciones, las estructuras bien domesticadas de un pasado tan reciente de una parte y la voluntad de los nuevos gobernantes de utilizar el medio en su provecho, de otro, ralentizaron el cambio y en muchos momentos hasta lo impidieron. La lentitud en la evolución contrastaba con la adaptación galopante a la nueva situación que hicieron los otros medios, la prensa, por supuesto, y sobre todo la radio que enseguida logró deshacerse de los corsés que la aprisionaban para dedicarse a desarrollar toda su capacidad comunicacional por cuenta propia.

El gran salto hacia adelante no llegaría hasta la primera mitad de la década de los ochenta, bajo la polémica dirección de José María Calviño, quien tuvo que afrontar el reto de transformar la televisión de

***La llegada de la democracia
impuso en Televisión
Española un cambio lento
pero inexorable.***

la España franquista en la futura televisión de la España europea. No fue fácil romper con un pasado que seguía contando con tantos nostálgicos para abrirse a nuevas ideas, nuevas costumbres y nuevas formas de vida como las que nos estaba proporcionando la incorporación a nuestro propio ámbito geográfico, económico y cultural.

Fue una etapa tan fructífera como dura, salpicada de tensiones como las vividas por Fernando Castedo y su equipo en la noche del 23-F y los días que la precedieron y siguieron. A la televisión se le exigía todo y nada se le perdonaba. Y lo cierto es que a pesar de sus esfuerzos, difícilmente podía llegar más allá con una oferta de programas concebidos para la generalidad de la audiencia y sin posibilidades reales de atender a las demandas más concretas y especiales de amplios sectores de la ciudadanía que no veían en ella satisfacción para sus gustos o intereses.

Algunas de estas limitaciones se paliaron cuando, atendiendo a un verdadero clamor popular estimulado por los interesados en el negocio, el gobierno accedió a la concesión de tres licencias para otras tantas cadenas privadas a explotar en régimen comercial. Fue una decisión inevitable, que hacía tiempo que se venía haciendo esperar, y que al final fue adoptada con precipitación. Ni en la legislación que se preparó para el nuevo régimen de la televisión comercial ni en las negociaciones y consideraciones que se llevaron a cabo para implantarla, se tuvo en cuenta cómo iba a afectar una vez consolidado al funcionamiento de la televisión pública.

Parecía lógico que al proyectar un cambio de marco para la televisión se hubiesen tenido en cuenta todos los factores que de alguna forma iban a influir. Pero no se hizo. Televisión Española, todavía

con toda la prepotencia heredada, tuvo que acometer en solitario la difícil transición del monopolio a la concurrencia y aunque profesionalmente consiguió salir airosa del empeño, empresarialmente acabó metiéndose en un endeudamiento creciente que cada vez hace más incierto su futuro. En fin, desde el gobierno socialista, lejos de arbitrar medidas que dejasen a TVE a cubierto de los peligros que la amenazaban ante la aparición de las privadas, lo que se hizo fue hipotecarle su capacidad de funcionamiento.

Para empezar, el ministro de Economía y Hacienda Miguel Boyer decretó un día la supresión de la subvención que tanto durante la dictadura como a lo largo de los gobiernos de UCD venía recibiendo. Esto obligó a TVE no sólo a ser autosuficiente sino también a generar ingresos para financiar todos los servicios del ente público RTVE que no tienen carácter comercial, como Radio Nacional de España, la orquesta y coros, el Instituto Oficial de Radio Televisión, etcétera. Entonces TVE todavía usufructaba las ventajas del monopolio y no le fue difícil salvar la situación. Pero la medida tendría a la larga unas consecuencias muy graves para el futuro de la radio y la televisión públicas. Rompió con una tradición que, de haberse mantenido, hubiese facilitado la decisión política de proporcionarle la financiación pública que empezó a necesitar desde el momento en que tuvo que someterse al reparto del mercado publicitario de las inversiones globales contempladas para el medio televisivo.

Parece evidente que si TVE hubiese seguido recibiendo una subvención con cargo a los presupuestos generales del Estado las tensiones y las instrumentalizaciones políticas que de que fue objeto cada vez que se planteaba la cuestión de su financiación se hubiesen evitado o hubiesen sido menores. La retirada de la

subvención sin embargo no fue la única medida del Ejecutivo que afectaría a TVE en unos momentos tan delicados para su supervivencia. Con el fin de evitar que TVE fuese juez y parte, y temeroso de las críticas que iban a caerle por las previsibles fallas del servicio, antes de dar el paso de creación de las televisiones comerciales, el gobierno decidió independizar la red de difusión de las señales que hasta entonces era propiedad de RTVE.

La medida parecía prudente. La nueva empresa pública que se creó con los activos expoliados a RTVE tenía por delante un plan de ampliación de cobertura ambicioso y parecía lógico que fuese encomendado a una gestión diferente a la de quien debería convertirse en un cliente más, es decir, RTVE. Así nació Retevisión, quien nada más constituirse asumió todos los activos de la red de RTVE, sin que ésta recibiese compensación alguna por el patrimonio que se le expoliaba, y lo que fue y es más grave, a partir de entonces tuvo que someterse a unas tarifas por los servicios de difusión de la señal que casi duplicaban los costes que la red propia le suponían hasta entonces.

La andadura de TVE por la democracia ya consolidada en nuestros días estuvo marcada en una primera etapa por las presiones directas e indirectas para que se creasen televisiones comerciales y en la segunda por las dificultades financieras con que enseguida tuvo que enfrentarse al

***El cambio de gobierno
y de su equipo de dirección,
agravó los problemas
que TVE venía enfrentando.***

ver sus ingresos publicitarios recortados por la competencia, fundamentalmente de Antena 3 y Tele 5. Aunque el liderazgo en las preferencias de la audiencia no lo vió peligrar seriamente hasta el cuarto trimestre de 1996, la disminución de su parte en reparto de la llamada en el argot profesional *tarta publicitaria* ya hacía seis años que la venía sufriendo.

El cambio de gobierno y el consecuente relevo del equipo de dirección de RTVE agravó los problemas que TVE ya venía enfrentando. Las contradicciones de los nuevos gestores, consecuencia directa quizás de las propias contradicciones de la nueva Administración pública, crearon un desconcierto y un malestar en todos los departamentos de la empresa que enseguida se hicieron notar en la programación. El rechazo del Consejo de Ministros a los presupuestos presentados por la Dirección General para 1997 fue una revelación de la falta de un proyecto claro con que el Partido Popular accedió al control del ente público.

Una falta de proyecto que choca a cuantos tuvimos la oportunidad en estos últimos años de seguir las críticas de los dirigentes de la derecha a la gestión en Radio Televisión Española y sus reiteradas promesas de abordar los problemas con decisión y nuevas ideas. El boicot permanente de los miembros del Consejo de Administración propuestos por el PP a las iniciativas del director general, Jordi García Candau, impidieron que algunos

***El Partido Popular accedió
al control del Ente sin un
proyecto claro para abordar
sus problemas.***

planes encaminados a redimensionar el ente público y poner límite al endeudamiento pudiesen llevarse a cabo. Un Plan Estratégico para cinco años elaborado con el mayor rigor no pudo ponerse en práctica.

La actitud claramente obstruccionista de la derecha ante el propósito de reestructurar la Radio y la Televisión públicas hasta adaptarlas a las posibilidades y a las necesidades del país acabaría, como era lógico que así ocurriese, volviéndosele en contra. Si el Plan Estratégico se hubiese puesto en ejecución hace dos años, como estaba previsto, la situación actual sería otra. De todas formas, la gestión llevada a cabo por el nuevo equipo de dirección en sus seis primeros meses, lejos de abordar la solución de los múltiples problemas que RTVE enfrenta, lo único que ha conseguido en agravarlos.

La deuda a largo plazo que estaba previsto alcanzaría a finales de 1996 los 226.000 millones de pesetas se ha elevado a 260.000 y el liderazgo firme de la Primera de TVE ha empezado a ceder de manera preocupante ante la oferta más renovadora e imaginativa de las dos grandes competidoras comerciales. Por primera vez en varios años, la Dirección General preparó para 1997 unos presupuestos expansivos que elevaban el gasto de los 195.000 millones de 1996 a 209.000. Unos presupuestos que además de marcar un cambio rotundo en la trayectoria financiera que el Ente venía manteniendo —reducción progresiva de gasto y endeudamiento— ofrecían la paradoja de unos objetivos verdaderamente derrotistas.

Efectivamente, en lugar de capitalizar el incremento de unos 14.000 millones en el gasto, las metas que se fijaban los nuevos presupuestos preveían un descenso de la audiencia de la Primera de TVE de más de tres puntos de *share* —con la co-

responsable pérdida del liderazgo—, un incremento del endeudamiento a largo plazo y una reducción de los ingresos por publicidad de alrededor de 8.000 millones. Tras su precaria probación en el Consejo de Administración, donde fueron rechazados por los cuatro consejeros propuestos por el PSOE, el proyecto de presupuestos llegó al Consejo de Ministros donde sorprendentemente fueron rechazados y sustituidos por otros en los que si bien no se modifica la cifra global de gasto sí se altera sustancialmente la forma de alcanzarla.

En la propuesta de la Dirección General se contemplaba que el Estado subvencionase el funcionamiento de RTVE con unos 25.000 millones y que absorbiese una partida importante de la deuda ya contraída a fin de que el endeudamiento al final del ejercicio se incrementase poco. Esta propuesta, repito, ya suponía un cambio sobre la trayectoria anterior, en que el Estado asumía una porción de deuda y el Gobierno autorizaba al endeudamiento por una cantidad inferior con el fin de que el montón total al final del ejercicio fuese decreciendo.

Pero el gobierno del PP no aceptó asumir cantidad alguna de deuda con cargo a los presupuestos del Estado y se limitó a autorizar un incremento de la capacidad de endeudamiento por el total del déficit de explotación calculado. Incluso ese déficit se veía incrementado sobre la propuesta de la Dirección General habida cuenta que de los 25.000 millones solicitados como subvención sólo concedió 11.000. Aparte la desautorización que una decisión tan inesperada supuso para la propia directora general, nombrada curiosamente por el Gobierno, lo acordado por el Consejo de Ministros y posteriormente refrendado por las Cortes al aprobar los presupuestos generales supone que al final de 1997 la deuda a largo plazo de

La televisión generalista y gratuita parece condenada a ir perdiendo cuotas de mercado.

RTVE rebasará los 400.000 millones de pesetas y más de la mitad de los ingresos previstos por publicidad, unos 60.000 millones, tendrán que ser destinados a financiar los intereses de la deuda.

Mientras tanto, la Dirección General trabaja en la elaboración de un plan de futuro al que ha denominado *Plan de Renovación* quizás para diferenciarlo del que su antecesor no consiguió poner en marcha. La desorientación y falta de iniciativas de que ha hecho alarde el equipo directivo del Ente hasta ahora ha llevado a que el control de la gestión de RTVE fuese asumido directamente por el vicepresidente del Gobierno en una demostración declarada y descarada del control que el gobierno del PP ejerce sobre TVE y RNE. Ante las crecientes protestas de la oposición por la instrumentalización política que se está haciendo de los telediarios y diarios hablados, Alvarez Cascos no tuvo pudor alguno en ser él quien informase ante el Senado de la ilegalidad que en opinión de muchos supone que el director de los Servicios Informativos de TVE, Saez de Buruaga, cobre al año 35 millones de pesetas, tres veces más aproximadamente del sueldo establecido para ese cargo en el régimen salarial de la empresa.

La única iniciativa novedosa aportada por el nuevo equipo es su obsesión por avanzar en la incorporación de TVE en una plataforma multiempresarial para la explotación de un sistema de televisión

***TVE enfrenta los retos
de la televisión digital
con muchas limitaciones
y factores en contra.***

utilizando la tecnología digital que permite la multiplicación de las señales y su aprovechamiento para fórmulas de explotación especialmente indicadas para la puesta en funcionamiento de la televisión de pago. Siguiendo instrucciones del Gobierno, entre las que se incluye facilitar a la compañía mexicana Televisa, propiedad del magnate Emilio Azcárraga, su entrada en el mercado audiovisual español, RTVE ha estado intentado diferentes alianzas para incorporarse al señuelo de la televisión digital.

En algunas declaraciones sus responsables hablaron de la televisión digital como la televisión del futuro, cosa que en buena medida parece indiscutible, y llegaron a decir que a través de ella llegaría la esperada solución para los problemas de TVE, cosa verdaderamente utópica. Es evidente que la televisión a que estamos acostumbrados en España, generalista y gratuita, si no tiene los años contados desde luego sí parece condenada irremisiblemente a ir perdiendo cuotas de mercado y en consecuencia a ir enfrentando problemas crecientes.

El fraccionamiento del mercado publicitario como consecuencia del aumento de canales y el incremento de los costes de producción o de adquisición de derechos de retransmisiones, particularmente las deportivas, hace que ya hoy se vea como prácticamente imposible financiar una televisión convencional a través de la publicidad. La televisión generalista

como negocio empieza a ser historia y sus gestores coinciden en que a corto plazo será imprescindible ir a la fórmula *pagar para ver* ensayada ya por alguna oferta hasta ahora minoritaria como es Canal +. La tecnología en su avance silencioso garantiza desde hace mucho tiempo soluciones para las dificultades empresariales de los medios de comunicación y ante la crisis anunciada de las televisiones generalistas la solución que acaba de aportar es sin lugar a dudas la de la tecnología digital.

Televisión Española, al margen de las euforias poco premeditadas de sus responsables actuales, enfrenta el reto de la televisión digital con muchas limitaciones y algunos factores en contra. Primero, porque su situación financiera —que de no contar con la garantía del Estado sería de quiebra— limita su capacidad para emprender nuevas iniciativas. Segundo, porque su carácter público y su financiación a través de los impuestos de todos los ciudadanos, le dificulta emprender actividades mercantiles que dividan a los españoles entre los que pueden pagar y los que no pueden. Y tercero, porque no parece fácil que tanto sus producciones estrella como sus derechos deportivos —caso de los partidos de la Selección Nacional de Fútbol— pueda ofrecerlos a través de canales codificados accesibles sólo a quienes se hallen abonados.

En realidad, a través de los proyectos de explotación de la televisión digital, el futuro del medio parece encarrilarse a lo que fueron sus comienzos en muchos países europeos. Por ver la televisión habrá que pagar, igual que se paga por ir al teatro o a los toros, pero en el caso de TVE no hay que olvidar que los españoles ya estamos pagando o por lo menos asumiendo para que funcione una deuda que tarde o temprano tendremos que rescindir. Esta situación es la que provoca la

perplejidad con que se contempla la novelaría con que RTVE se está planteando su futuro en el campo de la televisión digital, algo que debería acometer con atención y resolución, por supuesto, pero con un realismo con el que ahora mismo no se actúa.

Tanta improvisación y tantas prisas como Gobierno y Dirección General muestran con la televisión digital, en contraste con la pasividad o con la lentitud con que están abordando otros problemas más acuciantes de RTVE, no pueden por menos de despertar doble curiosidad y triple inquietud. El Partido Popular en sus tiempos de oposición a cuanto se movía en el país propugnaba la privatización de una de las dos cadenas de TVE y la jibarización del ente público hasta dejarlo reducido a una radio y una televisión dedicadas únicamente a lo que suele entenderse en el sentido más estricto por televisión y radio públicas, es decir, programas educativos, culturales y de servicio. Ahora, ya en el poder y con la posibilidad y la decisión clara de instrumentalizar RTVE en su beneficio, sus planes parecen haberse olvidado.

Pero quizás no sea así. Sus deseos y sus prisas por llevar a TVE hacia una plataforma digital en asociación con otras empresas ahora mismo también bajo su control no parece que responda a una estrategia inocente de mejorar, como se ha querido demostrar, un servicio público de televisión. La falta de transparencia con que se está llevando a cabo la operación obliga a sacar conclusiones de lo poco que se conoce y de lo mucho que se intuye aun a riesgo de equivocarse. Y siempre con ese riesgo, desde luego, la conclusión es que a través de la plataforma para la televisión digital, el PP intenta afianzar cara al futuro de la televisión a empresas de su misma onda liberal y llevar a RTVE hacia una privatización

lenta e imparable en beneficio siempre, claro está, de los intereses ideológicos y económicos de la derecha.

La operación es ambiciosa y si no avanza más deprisa y no se mueve con la rapidez deseada por sus promotores es por la resistencia que el grupo Prisa está ofreciendo. El hecho de que Canal +, con su experiencia en el campo de la televisión de pago y su cartera de clientes —un millón trescientos mil— como activo valiosísimo no se haya avenido a los planes del Gobierno y asuma el riesgo de constituir una plataforma digital propia, complica mucho las cosas. Los estudios del mercado descartan que haya sitio para dos plataformas en concurrencia y, de partida, la llamada oficial, capitaneada por Telefónica y en la que TVE comparte un segundo plano con Televisa, arranca con desventaja.

Canal + ya está empezando a comercializar su servicio, para lo cual cuenta con todas las sinergias del grupo Prisa —*El País*, la *Ser*, *Cinco Días*, etcétera—, la propia experiencia de explotar una televisión de pago, su lista de abonados, derechos cinematográficos y derechos de retransmisiones taurinas y deportivas internacionales y nacionales, entre ellas las de varios equipos de fútbol. La plataforma *oficial*, con Telefónica al frente, en cambio sólo cuenta como señuelo las retransmisiones de fútbol que las televisiones autonómicas asociadas decidan ofrecer a través del sistema de pago.

A través de la plataforma digital, el PP intenta llevar a RTVE hacia la privatización.

El hecho de que la plataforma cuente con nueve socios, muchos de ellos sometidos a las limitaciones de toda empresa pública, sujetos siempre a los cambios políticos y a los controles parlamentarios y con sus obligaciones ineludibles de servicio, es otro factor que influirá en su agilidad empresarial, su capacidad de movimiento y, en definitiva en su competitividad. Y quien en este sentido puede ofrecer más dificultades es TVE cuya presencia además, lejos de haber

sido consensuada a través del Consejo de Administración o de los grupos parlamentarios, se ha decidido de forma unilateral por la Dirección General y no cuenta con el respaldo, antes al contrario, de quienes dentro de la alternancia que la democracia propicia asumirán en algún futuro más o menos próximo las máximas responsabilidades del Gobierno y en consecuencia del ente público RTVE, o de lo que para entonces quede de él. Si es que queda algo, claro.
